las más encumbradas cumbres de los Andes: empresa, por cierto, propia de gigantes! Ahí está el discurso de inauguración del nuevo Presidente, el Excmo. Sr. Dr. D. Antonio Flores, quien viene decidido á abrir á la República una como nueva éra de prosperidad y grandeza relativas. Ese discurso ha satistecho los votos de todos los ecuatorianos y no dudo que la paz favorecerá su desenvolvimiento en el terreno de los hechos. Entre tanto, el Ecuador está cruzado en todo su territorio, por hilos telegráficos; día á día se embellecen las ciudades con nuevos edificios, especialmente Quito y Guayaquil; se construyen templos magníficos, se fabrican puentes y calzadas, se aumentan las casas de beneficencia y los orfanotrofios, se mejoran hospicios y hospitales, se vive, en fin, *á lo moderno*, con un lujo talvez inmoderado y se aspira á todas las comodidades y regalos de la vida. Yo he asistido á algunos banquetes en Guayaquil y en Quito, y me ha parecido hallarme en Europa. No tienen, pues, razón los ecuatorianos para darse por mal servidos de la Providencia.

Pasando al *tercer elemento*, no puede negarse que en el Ecuador está asegurado el acuerdo armónico entre los bienes morales y materiales. La Constitución declara que la única religión del Estado es la católica, apostólica, romana, con exclusión de cualquiera otra, y que por tanto el Gobierno está obligado á profesarla, protegerla, respetarla y hacerla respetar; el Gobierno tiene celebrado un Concordato con la Santa Sede, en el cual se reconocen todos los derechos de la Iglesia, perfectamente armonizados con los intereses del país; siempre que en las

Cámaras Legislativas ocurre alguna deliberación sobre materias religiosas, senadores y diputados se ponen del lado de la Iglesia y dan testimonios inequívocos de fe sincera, ilustrada y profunda; el pueblo no puede tolerar ni destierros de Obispos, ni persecución del clero, ni incautaciones ó expoliaciones de bienes eclesiásticos; y si algún gobernante, en mala hora, quiere tirar por ese mal camino, ese gobernante caerá sin remedio al grito casi unánime de justísima indignación; el pueblo aspira al reinado social de Jesucristo, como lo prueba la solemne celebración del primer Congreso Eucarístico y del tercer centenario de la devoción al Sagrado Corazón del Hombre Dios; el pueblo, en fin, reconoce al Vicario de Jesucristo como Maestro Infalible de la verdad y acepta sin restricción todas sus enseñanzas, no con la docilidad y candor de la ignorancia, sino con la convicción ilustrada y profunda de la necesidad en que están las generaciones redimidas, de deferir á Cristo, á la Iglesia y á San Pedro. Por esto el Ecuador en masa, aceptó todas y cada una de las enseñanzas contenidas en la Encíclica *Immortale Dei* de León XIII: ¿y quién puede negar que esta Encíclica establece en los Estados la más perfecta armonía entre los intereses eternos y temporales de los hombres reunidos en sociedad?

Observo, finalmente, que mientras en una gran parte de las naciones los bienes morales, y aun los materiales, de que disfrutan los hombres, se deben á los esfuerzos del individuo ó de la familia, y los graves males que los aquejan á las constituciones ateas, á las leyes inícuas, á los gobiernos apóstatas, á una política sin Dios;

aquí, en el Ecuador, sucede, por lo común, todo contrario: lo bueno aquí es *oficial;* lo malo, lo imperfecto es *extra-oficial.* Aquí nadie ofende públicamente á Dios sin traspasar al mismo tiempo la constitución y leyes del Estado; aquí nadie agrada á Dios sin ser al mismo tiempo buen ciudadano. Los pocos incrédulos que talvez existen de nadie han recibido aquí públicas lecciones de incredulidad: ellos, ellos son los autores exclusivos de su desgracia. Los disolutos y corrompidos tampoco pueden hallar en los códigos de la Patria leyes que patrocinen su disolución y sus vicios. Aquí los pobres son pobres por desidia, y los ignorantes, ignorantes por negligencia. Luego la copia de bienes morales y materiales en el Ecuador es resultado de su organización y es ofrecida al mayor número posible de los individuos en razón de la misma vida social, que es la cuarta condición necesaria para colocar una nación en el rango de los pueblos verdaderamente civilizados.

E.—Gracias, mil gracias, querido filósofo, por tan honrosas apreciaciones en favor de mi Patria. Os habéis desquitado muy noblemente; también vos sabéis disparar encomios *á quema ropa.* Sin ofensa de la modestia, yo los acepto de buen grado como una reparación generosa de tantos gratuitos agravios y ultrajes que hacen al Ecuador hasta hijos mal nacidos suyos. Estos lloriqueadores, ó no tienen mundo, ó son muy malos: vos conocéis á los hombres y tenéis buen corazón; por eso juzgáis de las cosas tan desapasionadamente. Pero pregunto ¿cuál os parece el secreto de la modesta, más sólida gloria de nuestro país?

F.—Os contestaré con Luis Veuillot.—"Es que García Moreno, vuestro Presidente asesinado, aprendió en Europa lo que debía saber para gobernar un pueblo cristiano que retrocedía á la barbarie, y no podía ser conducido á la civilización de la Cruz sino con riendas bordadas de los abalorios y brillantes vidrios de la cultura europea. Con tal objeto García Moreno quiso ser sabio, y la Providencia lo llevó á París, como al taller más á propósito para su enseñanza; y París, cristiana y al mismo tiempo bárbara y salvaje, le presentó el espectáculo de dos elementos que se combaten. Ahí vió las escuelas de sacerdotes y mártires, y un vasto laboratorio de anticristos, ídolos y verdugos. El futuro Presidente y futuro misionero del Ecuador, contempló el bien y el mal, y la indiferencia del bien y del mal, y los veía con fuerza de vida; porque en París hasta la indiferencia es un principio de actividad. Cuando regresó á su lejana Patria iban á cumplirse sus destinos; pues ya sabía donde está la verdadera gloria, la verdadera fuerza, los verdaderos obreros de Dios, (y yo añado) la verdadera civilización".—De este modo, á mí me parece que desde la época gloriosísima de aquel héroe catolico, el Ecuador recibió de Dios el encargo de probar prácticamente en sí mismo á las naciones aquella gran verdad que, aun antes del sabio León XIII, formuló Montesquieu en los siguientes términos: "¡Cosa admirable!, dijo, la religión cristiana que parece no tener otro objeto más que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en ésta". Ahora, ¿qué respondéis á los que acusan á la Iglesia de *estacionaria?*

E.—Digo que la Iglesia es *estacionaria* y no es *estacionaria* en distintos respectos. Si se la considera como columna y fundamento de la verdad, ella es inmutable, inmoble, fija como deben de serlo todas las columnas de la casa que edificó para sí la misma Sabiduría en persona. La Iglesia en sus dogmas, la Iglesia en su moral es infalible, y esta infalibilidad es su gloria, y esta infalibilidad la hace perpetuamente estacionaria. La azotarán mil olas encontradas en le mar turbulento de la vida; mas ella, cual firmísima roca, burlará todos los asaltos, y sobreviviendo á todos los errores, esperará tranquila la bonanza. Si se la considera como aquel escuadrón ordenado en batalla que el Dios de los ejércitos y de las victorias despliega delante de sus enemigos para trabar combate reñidísimo con todo el poder de las tinieblas; la Iglesia no es estacionaria, la Iglesia toda es actividad y fuerza, es movimiento y vida, es brío y fortaleza, invencibles. Miradla! Sale ella del Cenáculo, preséntase en el Areópago de Atenas, habla, y se turban y enmudecen los sabios de la Grecia. Sube al Capitolio, y tiemblan los Césares y caen de rodillas en su presencia para adorarla. Penetra en los templos de la gentilidad, y callan los oráculos, y ruedan por el polvo los ídolos infames de vieja superstición. En la guerra se arroja á los campos de batalla, y mitiga la ira de la victoria inspirando al vencedor clemencia y resignación al vencido. En la paz toma en sus manos los códigos de Minos, Solones y Licurgos y las fastuosas páginas de de esa fría moral de Sócrates, Epitectos y Sénecas; los arroja despedazados al viento, y derritiendo en los ardores de la caridad las cadenas de la esclavitud, dice al siervo: "sois libre"; y á la mujer: "sois señora"; y al niño: "sois hijo de Dios, candidato de la gloria y legítimo heredero del reino celestial". Corregido así el mundo viejo en su religión, en su moral, en sus leyes, usos y costumbres, la Iglesia vuela á las más apartadas regiones de la tierra, visita los más olvidados rincones de la barbarie, alumbra á todo hombre que viene á este mundo, y arroja sin cesar por todas partes simientes de gloria eterna para las almas inmortales y gérmenes fecundos de prosperidad y dicha temporal para los pueblos. Tal es la vida y la acción de la Iglesia, amigo mío: testigos las diez y nueve centurias transcurridas desde la aparición del Cristianismo!

F.—Estáis muy elocuente; se conoce que defendéis muy buena causa. Yo no sé qué podrán oponer á tan brillante apología de la Iglesia los que se atreven á decir de ella que es *retrógrada.*

E.—Ellos son los retrógrados, no la Iglesia; ellos son los verdaderos fósiles antediluvianos que quisieran ver resucitados todos los errores y vicios que provocaron la indignación de Dios y anegaron á los hombres primitivos en aquel espantoso cataclismo. No hay error, de esos que con tanta jactancia propalan los enemigos de la Iglesia, que no sea viejísimo; ni hay vicio, de esos que con tanto escándalo aplauden los perversos de nuestros días, que no sea verdaderamente antediluviano. *Nihil sub sole novum* ha dicho Salomón; y entonces como ahora, *omnis caro corruperat viam suam*, según leemos en el Génesis. Esta es la verdadera causa de

todas las calumnias que levanta contra la Iglesia el *hombre viejo*, el *hombre degenerado*, el *hombre caído* que siempre tira á lo que fué y siempre propende al mal desde la adolescencia. Mas el *hombre nuevo*, el *hombre regenerado*, el *hombre redimido y levantado por Cristo* corre, vuela, se eleva con la Iglesia á las más encumbradas esferas de la virtud y de la sabiduría, dejando abajo á los reptiles que se arrastran penosamente en el fango de la materia. No me daréis un hombre *bueno* y verdaderamente *sabio* que acuse á la Iglesia de retrógrada; ni me presentaréis un idiota ni un perverso que no se halle mejor con la barbarie que con la civilización cristiana. Por lo demás, para desmentir completamente á los calumniadores, cedo la palabra al sapientísimo León XIII.

F.—¿Qué dice, amigo mío, qué dice León XIII á este respecto? Os escucho con sumo interés, porque la palabra pontificia causa en mi alma impresión profundísima

E.—Oídla, querido filósofo.—"Consta, dice, ciertamente por los monumentos de la Historia, que á la Iglesia católica se ha debido en todos tiempos, ya sea la invención, ya el comienzo, ya, en fin, la conservación de todas aquellas cosas ó instituciones que contribuyen al bienestar común; las ordenadas á coartar la tiranía de los príncipes que gobiernan mal á los pueblos; las que impiden que el poder supremo del Estado invada, indebidamente, el municipio ó la familia, y, en fin, las dirigidas á conservar la honra, la vida y la igualdad de derechos en los ciudadanos. Por lo tanto, consecuente siempre consigo misma, si por una parte

rechaza la demasiada libertad, que lleva á los particulares y á los pueblos al desenfreno y á la servidumbre, por otra abraza con mucho gusto los adelantos que trae consigo el tiempo, cuando de veras promueven el bienestar de esta vida, que es como una carrera que conduce á la otra perdurable.

F.—Luego la Iglesia ama el progreso legítimo; luego no es retrógrada. Y como el Papa se funda en los monumentos de la Historia, síguese que solamente los que la ignoran pueden atreverse á sostener lo contrario. Sin embargo algún porfiado podría insistir diciendo que la Iglesia es por lo menos adversaria de la ciencia moderna y decidida amiga de las ciencias de abstracción.

E.—El Papa deshace vigorosamente esta insistencia, cuando á renglón seguido añade:—"Es, por consiguiente, calumnia vana y sin sentido lo que dicen algunos sobre que la Iglesia mira con malos ojos el régimen moderno de los Estados, rechazando, sin discreción, todo cuanto ha producido el ingenio en estos tiempos: rechaza, sin duda alguna, las locuras de las opiniones, desaprueba el inicuo afán de sediciones y, en especial, aquel estado del espíritu, en el cual ya se ve el principio del voluntaria apartamiento de Dios; pero como todo lo que es verdad es necesario que provenga de Dios, toda verdad que se alcanza por indagación del entendimiento, la Iglesia la reconoce como destello de la mente divina; y no habiendo ninguna verdad del orden natural que se oponga á la fe de la enseñanzas reveladas, antes siendo muchas las que comprueban esta misma fe, y pu-

diendo, además, cualquier descubrimiento de la verdad llevar, ya á conocer, ya á glorificar á Dios, de aquí resulta que, cualquiera cosa que pueda contribuir á ensanchar el dominio de las ciencias, lo verá la Iglesia con agrado y alegría, fomentando y adelantando, según su costumbre, todos aquellos estudios que tratan del conocimiento de la naturaleza. Acerca de los cuales estudios, si el entendimiento alcanza algo nuevo, la Iglesia no lo rechaza, como tampoco lo que se inventa para el decoro y comodidad de la vida, antes bien, enemiga del ocio y la pereza, desea en gra manera que los ingenios de los hombres, con el ejercicio y el cultivo, den frutos abundantes; estimula á toda clase de artes y trabajos, y, dirigiendo con la eficacia de su virtud todas estas cosas á la honestidad y salvación del hombre, se esfuerza en impedir que la inteligencia é industria de éste le aparten de Dios y de los bienes eternos".

F.—No puede darse refutación más completa que ésta de los cargos injustos que se hacen á la Iglesia. A lo menos yo quedo tan penetrado de la verdad, que no osaré jamás, no digo ya decir, pero ni pensar que la Iglesia sea enemiga de la civilización, sea estacionaria ó retrógrada.

E.—Lo creo, amigo mío, y me lo prometo, porque tenéis la inteligencia libre de falsas preocupaciones y amáis sinceramente la verdad. "Mas estas doctrinas, aunque sapientísimas, dice en grave y amarga queja León XIII, no son del gusto de muchos en este tiempo, en que vemos que los Estados, no solamente no quieren conformarse á la norma de la sabiduría cristiana, sino que parece que pretenden alejarse cada día más de ella. Con todo esto, como la verdad manifestada y difundida suele, por sí misma, propagarse fácilmente y penetrar poco á poco en los entendimientos de los hombres, por eso Nós, obligados en conciencia por el cargo santísimo apostólico que ejercemos para con todas las gentes, declaramos con toda libertad, según es nuestro deber, lo que es verdadero, no porque no tengamos en cuenta la razón de nuestros tiempos, ó porque creamos deber rechazar los adelantos útiles y honestos de esta edad, sino porque quisiéramos encaminar las cosas públicas por caminos más seguros y darles fundamentos más firmes, quedando incólume la verdadera libertad de los pueblos, y teniendo presente que la verdad es la madre y la mejor guardadora de la libertad humana:—*La verdad os hará libres*". (S. Juan, VIII, 32.) Así habla al mundo el Doctor universal.... !!

F.—Este es el lenguaje de la sabiduria. ¡Qué templanza, qué mesura, qué apacibilidad! Muy duros, muy crueles somos los hombres, cuando tan descortés y desdeñosamente cerramos el oído al suave y persuasivo acento de una voz celestial y divina.... Pero ya es muy tarde, hemos prolongado nuestra conferencia más de lo ordinario, y os supongo muy rendido.

E.—No, no, querido filósofo: á nadie puede fatigar tan sabrosa é interesante plática; vuestras palabras son para mí música grata y vuestras ideas son para mi alma rayos de luz serena y muy amable. No obstante, será preciso retirarnos para que descanséis.—Adiós, amigo, hasta nuestra próxima conferencia que será probablemente la última.